

# Construir y habitar el barrio

## Prácticas cotidianas y politización de la vida entre mujeres en la Villa 21-24



Kaplan, Yanina

Instituto de Ciencias Antropológicas, Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Buenos Aires  
Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, CABA, Argentina.

 0000-0002-2443-1601  
kaplanyanina@gmail.com

Recibido: 19/05/2025  
Aceptado: 02/07/2025

### Resumen

Este artículo indaga en las prácticas y formas de organización que construyen las mujeres que habitan la Villa 21-24 de la CABA para mejorar la vida en el barrio, y reflexiona sobre los sentidos que ellas mismas les atribuyen. El trabajo surge de una investigación más amplia y se inscribe en una metodología cualitativa, nutrida por el enfoque socioantropológico, la perspectiva interseccional y herramientas etnográficas desarrolladas a partir de una presencia en el territorio entre el 2015 y 2024. Desde una posición situada, que articula la investigación con la militancia y el trabajo social, el artículo recupera escenas, diálogos y estrategias organizativas. A través del recorrido histórico, se muestra cómo estas mujeres, a partir de una experiencia común, activan procesos de politización de la vida cotidiana que potencia respuestas a problemáticas estructurales. Aunque muchas veces no se reconocen como prácticas políticas, estas acciones hacen posible la vida en contextos de precariedad.

**Palabras Clave:** Prácticas políticas; Mujeres; Villa 21-24; Precariedad; Experiencia

### Making and living the neighborhood . Everyday practices and politicization of life among women in Villa 21-24

### Abstract

This article explores the practices and forms of organization developed by women living in Villa 21-24 (Buenos Aires City) to improve life in the neighborhood, and reflects on the meanings they themselves attribute to these



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Atribución 4.0 Internacional.

actions. The work is part of a broader research project and follows a qualitative methodology, grounded in a socio-anthropological approach, an intersectional perspective, and ethnographic tools based on fieldwork carried out between 2015 and 2024. From a situated position that articulates research with activism and social work, the article presents scenes, dialogues, and organizational strategies. Through a historical overview, it shows how, based on shared experiences, these women activate processes of politicization of everyday life that strengthen responses to structural problems. Although these actions are often not recognized as political practices, they are what make life possible in contexts of precarity.

■ **Key words:** Political practices; Women; Villa 21-24; Precarity; Experience

## **Construir e habitar o bairro. Práticas cotidianas e politização da vida entre mulheres na Vila 21-24**

### **Resumo**

Este artigo investiga as práticas e formas de organização construídas por mulheres moradoras da Villa 21-24 da Cidade Autônoma de Buenos Aires, com o objetivo de melhorar a vida no bairro, e reflete sobre os significados que elas mesmas atribuem a essas ações. O trabalho faz parte de uma pesquisa mais ampla e insere-se em uma metodologia qualitativa, fundamentada na abordagem socioantropológica, na perspectiva interseccional e em ferramentas etnográficas desenvolvidas a partir de uma presença no território entre 2015 e 2024. A partir de uma posição situada, que articula pesquisa, militância e trabalho social, o artigo recupera cenas, diálogos e estratégias organizativas. Por meio de um percurso histórico, mostra-se como essas mulheres, a partir de uma experiência comum, ativam processos de politização da vida cotidiana que fortalecem respostas a problemáticas estruturais. Embora muitas vezes não sejam reconhecidas como práticas políticas, essas ações tornam possível a vida em contextos de precariedade.

■ **Palavras-chave:** Práticas políticas; Mulheres; Villa 21-24; Precariedade; Experiência

### **Introducción**

Desde mi primera participación como militante en actividades de una organización social en la Villa 21-24, llamó mi atención la forma en que las mujeres del barrio se organizan. Su capacidad para articular cuidados, trabajo remunerado y trabajo comunitario despertó en mí lo que Estela Grassi (2011) denomina “actitud investigativa” al pensar el trabajo social. En Argentina, diversos estudios sobre la participación de mujeres en movimientos y organizaciones sociales (Andújar, 2005; Cross y Freytes Frey, 2007; Di Marco, 2011) destacaron su protagonismo en los movimientos piqueteros y de desocupados desde los años noventa. Luego, otras investigaciones abordaron su participación en la implementación de políticas sociales en territorio (Masson, 2004; Anzorena, 2013; Zibecchi, 2013; Pacífico, 2023). Desde enfoques feministas, se analizó también su lugar como actoras en la lucha por el reconocimiento de derechos, y las formas en que construyen demandas colectivas en torno a la alimentación, la

salud, el trabajo, los cuidados y las violencias (Masson, 2007; País Andrade, 2018; Tarducci y Daich, 2018).

Estos aportes permiten pensar cómo las estrategias que las mujeres de sectores populares despliegan para mejorar la vida en sus territorios se entrelazan con formas de participación política que no siempre derivan de trayectorias militantes, sino que emergen de la manera en que enfrentan y gestionan el acceso desigual a servicios, organizándose en torno a sus necesidades cotidianas. Tomando estas contribuciones como punto de partida, en este artículo -que se desprende de una investigación doctoral más amplia<sup>1</sup>- me propongo indagar en las prácticas organizativas que construyen las mujeres que habitan la Villa 21-24 para mejorar la vida en el barrio, y reflexionar sobre los sentidos que ellas les atribuyen.

Ahora bien, para comprender dichas prácticas desde una mirada situada, es clave contextualizarlas en el territorio específico donde se desarrollan. Ubicada al sur de la ciudad, la Villa 21-24 es la más grande de la CABA, con 0,66 km<sup>2</sup>. Limita con la calle Luna, el ferrocarril General Belgrano, las vías por donde hasta hace unos años pasaba un tren de carga<sup>2</sup>, la calle Iguazú y el Riachuelo. Los diferentes "sectores" (Tierra Amarilla, Tres Rosas, San Blas, Barrio Nuevo, Lavardén, etc.) que conforman la totalidad de la Villa 21-24 tiene sus propias características, pero todos ellos comparten una misma historia barrial.

Existen serias dificultades para obtener datos confiables respecto de la cantidad de personas que residen en el barrio, y de sus condiciones de vida, existiendo "zonas de silencio" (Marcos, 2022). A pesar de que el censo del año 2010<sup>3</sup> registra 29,782 habitantes, referentes barriales sostienen que la población duplica esa cifra y crece un 20% anual. Este cuestionamiento a los datos oficiales, es posible también encontrarlo en estudios realizados por diversos autorxs (Robón, 2004; Zapata, 2017; Lacarrieu, 2018).

Pese a la escasez de datos, se puede sostener que la Villa 21-24 enfrenta serios problemas estructurales que afectan la vida cotidiana: tendido eléctrico informal, servicios deficientes de agua y cloaca, altos costos del gas en garrafa e inundaciones frecuentes. Aún así, el acceso a la vivienda es muy difícil, especialmente para mujeres con hijxs, y los desalojos sin previo aviso son comunes debido a la informalidad. La situación es aún más crítica en zonas cercanas al Riachuelo, como el "Camino de Sirga", donde viven muchas familias a pesar del fallo Beatriz Mendoza<sup>4</sup>, lo que produce graves consecuencias para la salud (Defensoría del Pueblo, s/f). La falta de vacantes escolares y las condiciones materiales dificultan las trayectorias educativas, afectando especialmente a niñxs y a las mujeres, principales responsables de su cuidado. Estas desigualdades condicionan el acceso al empleo, con una alta presencia femenina en trabajos no registrados y mal remunerados, como los vinculados al cuidado o la limpieza (D' Alessandro, 2017; Ministerio de Economía Argentina, 2022).

<sup>1</sup> El presente artículo surge de la tesis titulada "Prácticas de participación política de mujeres villeras: resistencias, negociaciones y afectividad. Un análisis socioantropológico y de los feminismos" dirigida por Marcela País Andrade y co-dirigida por María Inés Fernández Álvarez.

<sup>2</sup> En 2021, una adolescente murió al rescatar a su hermano de las vías del tren que pasaba por un pasillo. Tras años de reclamos, y luego del hecho, se logró frenar su circulación.

<sup>3</sup> Disponible en: [https://www.estadisticaciudad.gob.ar/eyc/wp-content/uploads/2015/05/ir\\_2015\\_856.pdf](https://www.estadisticaciudad.gob.ar/eyc/wp-content/uploads/2015/05/ir_2015_856.pdf)

<sup>4</sup> Tras el Fallo Beatriz Mendoza (2008), una resolución de la Corte Suprema de Justicia exigió al Gobierno sanear el Riachuelo, así como también la relocalización de las familias que viven en sus orillas. La ejecución ha sido parcial, y en el barrio se conformó un cuerpo de delegadxs para exigir avances y condiciones dignas de relocalización. : <https://revistampd.mpdefensa.gob.ar/node/319>

Atenta a esto, a lo largo de mi investigación observé cómo las mujeres que viven en la Villa 21-24 construyen vínculos desde los cuales generan estrategias situadas a los problemas estructurales mencionados. Para comprender estas estrategias, recupero investigaciones que problematizan la idea de acción colectiva como acontecimiento (Scott, 2000; Roseberry, 2002) y me inscribo en una línea de estudios antropológicos que, en Argentina, exploran las prácticas organizativas, las disputas con el Estado y la configuración de demandas colectivas en sectores populares (Grimberg, 2009; Quirós, 2011; Manzano, 2007; Manzano y Ramos, 2015; Fernández Álvarez, 2017, 2018), al tiempo que incorporo miradas feministas que destacan la experiencia como categoría política y epistémica (hooks, 2017; Trebisacce, 2016). Esta articulación me permite pensar cómo, a partir de la experiencia de precariedad compartida, mis interlocutoras activan procesos de politización de la vida cotidiana.

La metodología adoptada es cualitativa. Se nutre del enfoque socioantropológico (Achilli, 2005) e interseccional (Viveros Vigoya, 2016), donde la etnografía (Gúber, 2001) se constituyó en mi herramienta principal. A su vez, retomo los aportes de las metodologías colaborativas (Fernández Álvarez, Pacífico y Wolanski, 2022). De esta manera, “volví” a mi lugar de militancia en un espacio sociocomunitario destinado a mujeres de la Villa 21-24, para realizar trabajo de campo entre los años 2020 y 2023. El vínculo sostenido con el territorio me permitió participar de diversas maneras: acompañé a mis interlocutoras en sus trabajos durante la pandemia, me desempeñé como trabajadora social en la “asesoría en derechos humanos” y dicté talleres y capacitaciones, cruzando los límites tradicionales entre los proyectos de transferencia/investigación. La investigación también se nutrió de registros elaborados durante mis años de militancia en dicho espacio, entre los años 2015 y 2019. Para este artículo, recupero entrevistas, observaciones y escenas<sup>5</sup> del territorio desde una posición situada que articula investigación, militancia y trabajo social. Además, utilizo fuentes secundarias, principalmente materiales producidos por organizaciones sociales de la Villa 21-24 que no se encuentran publicados.

Con esto en consideración, el artículo se organiza en dos partes. En la primera, recupero relatos de mujeres de la Villa 21-24 para reconstruir, en diálogo con la bibliografía, la historia de conformación del barrio, destacando los vínculos que tejen las mujeres en la complejidad de un territorio que defino como precario. En la segunda parte, analizo cómo estas mujeres han sostenido históricamente la reproducción de la vida a través de prácticas que desafían la precariedad, y profundizo en los sentidos que ellas mismas otorgan a esas prácticas. A modo de cierre, propongo algunas reflexiones finales.

### **“Esto no es Palermo”: construir la Villa**

Las primeras villas de la CABA surgieron entre las décadas de 1920 y 1930 como asentamientos informales en terrenos fiscales, caracterizados por construcciones precarias y ausencia de servicios básicos. Su crecimiento se intensificó en los años cuarenta, impulsado por la expansión urbana y las migraciones internas asociadas al modelo de sustitución de importaciones, que concentró la actividad industrial en la CABA. Muchas de ellas se ubicaron en tierras fiscales (ferroviarias y portuarias), cercanas a los centros de trabajo y otros servicios urbanos. En sus orígenes, fueron toleradas como soluciones habitacionales de emergencia (Torres, 2006); sin embargo, el golpe de Estado de

<sup>5</sup> Los nombres de las personas entrevistadas se han modificado para preservar su anonimato.

1955 implementó el primer plan de erradicación de las villas, lo que motivó las primeras comisiones vecinales que se organizaron para resistir estas medidas. Hasta los años noventa, los planes de erradicación constituyeron la principal política estatal hacia estos territorios.

En este contexto más amplio se inscribe la historia de vida de Margarita, quien vive en la Villa 21-24 desde los años sesenta. Según me contó, en esa época todavía había muy pocas casas, construidas con lata y cartón, sin acceso a ningún servicio. Aunque los primeros registros de conformación del barrio datan de la década del cincuenta, Margarita es testigo de gran parte de su historia: primero vivió con su madre y hermanxs, luego construyó la casa en la que crió a sus 16 hijxs, uno de los cuales fue asesinado en una pelea entre bandas del barrio. Durante los años noventa, Margarita y su familia organizaron un comedor en su casa, que llegó a alimentar a más de 400 personas. Hoy, con más de sesenta años, sostiene un comedor comunitario de una organización social. Su cuerpo lleva las marcas de una vida difícil, pero su humor y su compromiso con la mejora del barrio siguen intactos. Mis diálogos con ella y su familia, fueron claves para reconstruir la historia del barrio. La mayoría de nuestras conversaciones tuvieron lugar en la cocina de su casa, un espacio donde circulan permanentemente vecinxs del barrio e integrantes de su familia, lo que me permitió conocer también a sus hijxs, nietxs y amigas.

En una de nuestras muchas charlas, me contó que en los años setenta, alrededor de su casa “(...) era todo campo. En el Riachuelo la gente se iba a bañar, hacían como si fuera la costanera...” (Margarita, entrevista, octubre del 2023). Mencionó también, que durante la última dictadura militar, “La idea era sacar a la gente que vivía acá. Venían las topadoras y te tiraban las casas abajo. Las fotos de Perón y Evita tenían que enterrarlas, no podías tenerlas” (Margarita, entrevista, octubre del 2023). Recuerda esa época con mucha angustia, señalando que no se podía salir después de las 18hs y que, en una ocasión, la llevaron a la comisaría sin documentos, donde sufrió maltrato y tortura.

“En los tiempos de los militares”, las topadoras se ponían frente a las casas de chapa para tirarlas abajo. Para evitar que les destruyan sus viviendas, las mujeres se organizaban, se reunían y metían a sus hijxs adentro de las casas y ellas se ponían al frente. Les decían “tirala ahora si querés”. Cada vez eran más mujeres llevando adelante la misma práctica. Con miedo, Margarita decidió abandonar el barrio, su casa y su trabajo en una fábrica para mudarse a la localidad de Guernica, al sur de la Provincia de Buenos Aires.

Margarita hacía referencia al plan de erradicación de las villas que se lanzó durante la última dictadura militar (1976-1983), el cual se proponía eliminarlas totalmente. Este plan incluía la expropiación de inmuebles para construir autopistas urbanas y la recuperación de espacios verdes; así como también la relocalización de industrias hacia las periferias del Gran Buenos Aires, lo que suponía desplazar también a la población obrera junto con sus fuentes de trabajo (Oszlak, 2019). A pesar del contexto de terrorismo de Estado, este proceso no se llevó a cabo sin resistencia: surgió entonces la “coordinadora de sobrevivientes”, una organización clave que articuló acciones de resistencia entre distintas villas (Snitcofsky, 2012). En la Villa 21-24, la Iglesia Caacupé -ubicada en el centro del barrio- fue fundada en los años setenta por el Padre Daniel de la Sierra, quien desempeñó un rol central en la resistencia a las políticas de erradicación a través de su participación en dicha coordinadora. Aún así, en todo este período, se redujo en más de un 90% la población villera, la

erradicación compulsiva marca una abrupta disminución, de 213.823 habitantes en 1976 a 12.593 a comienzo de los ochenta (Cravino, 2018).

Otra de las mujeres que recuerdan esa época, es Clara, quien me contó que en 1973 comenzó a formar parte de una agrupación política y a dar apoyo escolar en la Villa 21-24. En el contexto de su militancia en el barrio, el 2 de noviembre de 1975 se llamó a elecciones y se conformó la primera Junta Vecinal de la Villa 21-24. Gracias a la organización de dicha Junta, se logró instalar la primera canilla del barrio y una parte del tendido eléctrico. El 29 de abril de ese año, secuestraron, desaparecieron y asesinaron a parte de las personas que conformaron esa Junta<sup>6</sup>. Clara contó que ese hecho motivó que ella se mudara a la Villa 21-24, para acompañar la resistencia.

Con el regreso de la democracia en 1983 la cantidad de villas y de su población volvió a crecer, sobre todo, en la zona sur de la CABA, aumentando la brecha social entre el norte y el sur de la ciudad. Asimismo, las políticas dirigidas a esta población comenzaron a cambiar su rumbo hacia políticas de relocalización, en vez de erradicación (Oszlak, 2019). La Villa 21-24 inició un proceso de repoblamiento que hizo crecer sostenidamente la cantidad de habitantes hasta la actualidad. En un principio, fue poblada por personas que provenían del interior del país, sobre todo de la zona del litoral y del noreste (Rebón, 2004; Lacarrieu, 2018). Según la información obtenida, las primeras casas se construyeron en la zona más cercana al Riachuelo y de la calle Luna, conformando lo que sería la Villa 24. Paralelamente, se construyeron casas en las cercanías de las vías del tren General Belgrano, conformando lo que sería la Villa 21.

Margarita volvió de Guernica en esa época. Mientras vivió fuera de la Villa estuvo sin trabajo y viajaba todas las semanas a la iglesia Caacupé para conseguir alimentos. A través de la iglesia, se enteró de que habían tomado terrenos y una vecina le dio un espacio en el que actualmente es su casa:

Me vine y puse las chapas así. Cuando llovía se llenaba de agua. Ahí arriba vivía S. Ella me puso tarima, todo. Eran todas casillas. Ella me dio una mano ahí, me daba mate cocido para mis hijos, me daba pan, me ayudó un montón (entrevista, octubre del 2023).

A medida que sus hijxs crecieron, algunos construyeron *piecitas* en el terreno de avenida Iriarte, en el sector de Tierra Amarilla. Esta práctica es común en el barrio, donde las familias amplían sus hogares. En el caso de Margarita, seis de sus hijxs viven allí, compartiendo cocina, baño y un patio donde lxs niñxs juegan.

Tatiana, una vecina que también se fue a vivir a Guernica durante la última dictadura militar y regresó durante los años ochenta, me contó que, al volver, se instaló en un terreno ubicado en el mismo sector “*Vinimos con mi mamá y mi hermana (...) No había agua, no había nada, esa era la única canilla. Después todo campo (...) se fue poblando de a poco*” (entrevista, septiembre de 2023). Al igual que Margarita, las mujeres de la familia se construyeron su casa en el mismo terreno.

<sup>6</sup> Cada 29 de abril se realiza en la Villa 21-24 una “marcha de antorchas” en memoria de lxs desaparecidos del barrio. La historia completa fue documentada por La Garganta Poderosa: [https://www.youtube.com/watch?v=PjLNfn3PJFs&ab\\_channel=LaGargantaPoderosa](https://www.youtube.com/watch?v=PjLNfn3PJFs&ab_channel=LaGargantaPoderosa)

En sus relatos sobre cómo fue que levantaron sus casas, siempre aparecen otras mujeres “(...) yo le di a la B. un pedazo de lugar acá, a la otra señora del fondo también. Les dije ‘agarrá, agarrá, limpiá’ y nos pusimos a limpiar. Éramos todas mujeres, porque ningún hombre se animaba a agarrar esto” (Margarita, entrevista, octubre del 2023). Las palabras de las mujeres con las que conversé al describir esa época, son crudas: se construyeron sus casas, pasaron hambre, no tenían servicios, todo eso mientras cuidaban solas de sus hijxs y se las rebuscaban para trabajar de lo que podían.

Durante los años noventa, la situación social en el país empeoró con el aumento de la pobreza y el desempleo, y el deterioro de los sistemas de protección social. En este contexto, las mujeres, especialmente las pobres y racializadas, fueron las más afectadas, enfrentando la pérdida de servicios públicos y la precarización del empleo (Anzorena, 2013). Al hablar con las mujeres de la Villa 21-24 sobre cómo vivieron aquella década en el barrio, tanto Tatiana como Margarita me contaron que fueron años muy difíciles. Tatiana comenzó a asistir al “comedor de Julia” donde “se hacían marchas para piqueteros (...) ellas se organizaban para que traigan comida y yo iba” (entrevista, octubre de 2023). Años después, su marido comenzó a trabajar bien y “dejé de ir porque en ese tiempo no me faltaba la comida entonces le dejé el espacio a otra persona” (Tatiana, entrevista, octubre de 2023).

Por su parte, en la casa de Margarita durante los años noventa comenzó a funcionar un comedor comunitario. Además de alimentar a alrededor de 400 personas todos los días, hacían otras actividades para niñxs y adultxs. Jordi, una de las hijas de Margarita, sostiene que esa época fue “un antes y un después” en su vida “en ese entonces me empecé a empapar más, porque ahí te enterás de la política desde otro lugar (...) éramos piqueteros y piqueteras” (entrevista, julio del 2021).

Es emocionante escuchar a Jordi hablar con orgullo de la historia de su familia y su propia militancia: “Yo referenciaba la juventud acá en el barrio y ahí movimos cosas para comprar ollas, platos, vasos...” (entrevista, julio del 2021). En la casa de Margarita, siempre que se recuerda esa época, se destacan las mujeres organizando ollas populares: “eran todas mujeres, alrededor de cincuenta” (Margarita, entrevista, octubre del 2023). Según diversas autoras, fue a fines de los noventa y principios de los 2000, cuando las mujeres pobres, organizadas en movimientos de desocupadxs y a través de piquetes y cortes, se visibilizaron como sujetas políticas con demandas particulares (Cross y Freytes Frey, 2007; Masson, 2007; Di Marco, 2011). Andújar sostiene que las mujeres tuvieron una “abrumadora presencia y activa participación” (2005, p. 4), crucial para la construcción del movimiento piquetero. Si bien las mujeres ya se venían organizando desde mucho antes, su participación, vinculada al mandato de alimentar y cuidar a sus hijxs, adquirió un nuevo significado frente al desempleo y la depresión de los varones jefes de hogar (Cross y Freytes Frey, 2007).

Según los testimonios de las mujeres con las que conversé, fue en esos años que aumentó significativamente la cantidad de habitantes en la Villa 21-24. Aunque no hay números oficiales exclusivos de ese barrio, estos dichos conciben con lo relevado por Di Virgilio y Rodríguez (2013) quienes afirman que entre 1991 y el 2001 la población en las Villas de todo CABA creció en un 116% y entre el 2001 y el 2010, un 52% más. En la Villa 21-24 en esos años llegó población que migró de países limítrofes, sobre todo de Paraguay, aunque también de Bolivia, y en menor medida de Perú y Uruguay (Rebón, 2004).

Sobre esto conversé con Aldana, una vecina que migró desde Paraguay en el año 2005 junto a sus dos hijos, uno de los cuales tenía apenas seis meses. Actualmente reside en el sector de San Blas, ubicado cerca del Riachuelo, donde también referencia un merendero comunitario. La entrevisté un día de mucha lluvia, mientras la ayudaba a preparar la merienda que entrega todos los días a alrededor de cien personas. Entre mate cocido y tortas fritas, me contó que llegó al barrio luego de que la echaran de una casa que alquilaba en Adrogué, Provincia de Buenos Aires. Desesperada, se acercó a la iglesia Caacupé:

Yo sabía que había mucho paraguayo acá, y tenía conocimiento de que había una toma nueva, algo había escuchado... y para venir a comprar un pedacito de tierra, porque no tenía donde vivir. Ahí me ofrecieron comprar y yo vine y me quedé con mis hijos (entrevista, noviembre de 2023).

Al igual que otras mujeres, Aldana vivió inicialmente en una carpa en el terreno que compró, que era *“una toma nueva y todas las casas eran precarias”* (noviembre del 2023). Poco después, un grupo de hombres armados la amenazó para quitarle el terreno y venderlo, pero ella se quedó: *“me planté ahí y le dije que me matara, porque yo no tenía a donde irme... y no sé cómo fue que se fueron...”* (entrevista, noviembre del 2023). Ella no fue la única en enfrentar esta situación, varios relatos de mujeres coinciden en que, tras adquirir las tierras, grupos de hombres las amenazaban para sacarles el terreno. *“Eran las mujeres las que ponían el pecho. El hombre no estaba, o estaba trabajando. Yo en mi caso me mudé sola”* (entrevista, noviembre de 2023).

Al igual que en el relato de Margarita y Tatiana, para Aldana las otras mujeres que participaron de la toma del sector fueron centrales a la hora de organizarse, por ejemplo, para la búsqueda del agua en la única canilla que tenían. En ese entonces ella no militaba en ninguna organización ni partido político, y se organizaba con otras mujeres para acercar el agua a las casas.

Esther también vivía en el sector de San Blas. El día que conversamos me contó que nació en Paraguay y se mudó a la Villa 21-24 escapándose de una situación de violencia de género. Viajó sola hace veinte años y alquiló una habitación *“trabajaba de lunes a lunes limpiando casas para traer a mis hijos”*. Al poco tiempo, pudo comprarse un terreno en el sector de San Blas *“era un basural (...) nosotras cuando entraban los camiones de agua, éramos las mujeres las que metíamos los camiones, las mujeres nos organizábamos”*. Conoció a otras mujeres porque *“acarreamos agua de la misma canilla. Y así sucesivamente nos conocimos en el barrio (...) fuimos parte de la lucha por el agua en el barrio”* (Esther, entrevista, noviembre del 2023).

Así como los relatos de Margarita y Jordi destacan la organización de las mujeres en torno al alimento durante la década de los noventa. Con el cambio de siglo, sobre todo en los sectores cercanos al Riachuelo, la lucha por acceder al agua y a otros servicios básicos, emerge como un hito significativo que logró reunir a las mujeres en ese sector:

Nosotras no teníamos luz y era yo la que movía mujeres para ir a reclamar cuando no teníamos luz. Cada vez que hacía mucho frío los chicos empezaban a llorar de noche y no dormían... yo salía a golpear puerta a puerta y nos juntábamos todas las mujeres... Ya había una dinámica del barrio entre nosotras (Aldana, entrevista, noviembre del 2023).

Durante los años siguientes se terminaron de tomar los sectores que aún estaban deshabitados y que hoy conforman la Villa 21-24. En algunos de ellos la modalidad era la que enunciaba Aldana en San Blas, es decir, ocurría una venta entre vecinxs que luego eran amenazadxs para abandonarlos.

Jordi y Carolina, protagonizaron una de las últimas tomas del barrio. Entre risas y un poco de nostalgia, me contaron aquella hazaña que reunió entre diez y quince mujeres y sus hijxs. Era agosto del 2011 y todo empezó “(...)ahí muy improvisado en el momento, a las 2 de la mañana, hacía un frío que te morías” (Carolina, entrevista, octubre de 2023). Si bien se trató de una organización poco premeditada, acordaron que para participar había que ser mujer, tener hijxs y no tener casa propia.

Según me contaron, entre carpas, chapas, fogatas, olla popular, hombres que se acercaban para violentar a sus parejas que eran parte de la toma y amenazas de la policía, las mujeres se organizaron, acudieron a la Defensoría del Pueblo, negociaron con el Instituto de la Vivienda de la CABA y sostuvieron la toma durante dos meses. Finalmente, repartieron los lotes entre ellas: algunas construyeron, otras vendieron por falta de recursos, y por eso muchos terrenos terminaron en manos de varones. Uno de ellos fue Esteban, quien años después asesinó a su pareja, Ferni, en la casa que se construyó allí. Jordi y otras mujeres impulsan ahora un proyecto para recuperar esa vivienda.

Todas estas escenas y diálogos, me permiten observar que en la construcción del barrio todo el tiempo aparecen otras mujeres: cediendo un pedazo de terreno para construir, ofreciendo alimento, organizando ollas populares, cargando agua, limpiando, tomando tierras, etc. Desde las primeras organizaciones en tiempos de dictadura, hasta las tomas de terrenos y la defensa de derechos básicos como el acceso al agua y los servicios en general.

En estas historias, las mujeres rara vez aparecen organizadas en movimientos sociales o espacios políticos “formales”. Como han señalado otras investigaciones, mis interlocutoras activan procesos de politización (Pacífico, 2023) y construyen subjetividades políticas no a partir de colectivos preexistentes (Quirós, 2011; Lazar, 2013; Manzano y Ramos, 2015), sino desde sus propias experiencias y necesidades. Al hacerlo, politizan su vida cotidiana: colectivizan la supervivencia, enfrentan las violencias y generan espacios de producción de vidas dignas (Señorans, 2018). En este marco, propongo pensar que estas mujeres disputan los límites de lo que tradicionalmente se entiende por “lo político”, visibilizando formas de acción y agencia cotidiana que revelan el carácter político del trabajo sociocomunitario y de las tareas de cuidado que históricamente han sostenido las mujeres, y que resultan fundamentales para garantizar la vida en el barrio.

### **“Acá siempre nos organizamos”: habitar la Villa**

*“A vos Yani que no sos del barrio, sin ofenderte, yo te puedo contar todo lo que pasa, pero vos no lo podés sentir”*, me dijo Luciana en una entrevista, marcando una frontera clara entre quien habita el territorio y quien participa allí. Esa frase, que en un primer momento me resultó incómoda, sintetizaba una experiencia colectiva de las mujeres que viven en la Villa 21-24 y que, al decir de Luciana, “yo no puedo sentir” por no vivir ahí.

Como analicé en el apartado anterior, las mujeres de la Villa 21-24 fueron fundamentales en el proceso de poblamiento. A través de los vínculos que construyeron entre sí, se conformó un territorio donde hoy conviven personas de orígenes diversos, unidas por la experiencia compartida de habitar el barrio. En este apartado, me interesa recuperar las nociones de precariedad y de experiencia para profundizar en cómo estas trayectorias compartidas, se convierten en el sustrato de procesos de politización desde lo cotidiano. A partir de allí, reflexionaré sobre cómo las mujeres significan sus prácticas.

En los diálogos con mis interlocutoras, me interpeló profundamente su capacidad para sostener la vida en condiciones adversas, y al mismo tiempo desplegar prácticas que la hacen vivible (Butler, 2017). Esther lo sintetizó así: *“Todo se consigue por la lucha, a pulso, a saliva seca de cuando te quedás sin voz”* (entrevista, septiembre de 2023). Desde la antropología, distintas investigaciones recientes han puesto el foco en cómo la precariedad potencia el despliegue de estrategias de organización y producción de la vida (Narotzky y Besnier, 2014; Ferguson, 2015; Fernández Álvarez, 2018). De estos trabajos, retomo el de Fernández Álvarez (2017, 2018) quien propone pensar la precariedad no solo como una condición material, sino como una experiencia vivida que atraviesa los afectos, los deseos y las formas de vinculación social. Desde esta perspectiva, la precariedad puede dar lugar a prácticas creativas y a dinámicas colectivas e individuales orientadas a garantizar la reproducción social y mejorar el bienestar, tanto propio como de las generaciones futuras. Esta forma de entender la precariedad, me permitió explorar no sólo las condiciones estructurales que marcan la vida en la Villa 21-24, sino también las formas en que estas condiciones son habitadas, significadas y disputadas cotidianamente.

En este sentido, muchas mujeres con las que hablé expresaron un fuerte deseo de permanecer en la Villa. *“Me gusta vivir acá. Todo el mundo me conoce, a donde voy me saludan (...) desde los quince años que estoy acá, tengo 54, imaginate”*, dijo Tatiana. Graciela fue aún más enfática: *“No cambiaría este lugar por nada en el mundo. Acá conocés a la gente de verdad, hay humanidad”*. Ese sentimiento de arraigo no es solo afectivo, sino también práctico: se construye y se reproduce en la acción cotidiana. *“Acá siempre nos organizamos”*, me dijeron muchas veces. Luciana, por ejemplo, narra cómo ese saber hacer político se transmite entre generaciones: *“Yo veía a mi mamá salir a la calle cada vez que pasaba algo, acá se cortaba la avenida... ahora mi hija sabe que es así, el otro día se cortó la luz y ella con 9 años me dijo ‘Ma, vamos a cortar la calle’”* (entrevista, agosto del 2023). En este tipo de afirmaciones se percibe una valoración del “conocerse” que, como sostiene Ángela Giglia (2001), no solo organiza la vida cotidiana sino que también consolida una identidad colectiva que diferencia a las miembrxs de una comunidad respecto de otras.

Este sentido de pertenencia se nutre también de trayectorias marcadas por experiencias compartidas de migración, pobreza, maternidad y violencias. En un taller que dicté, varias mujeres -que no se conocían previamente- compartieron relatos similares: muchas habían migrado desde Misiones o Paraguay escapando de situaciones de violencia. María, por ejemplo, narró entre lágrimas cómo fue vendida por su madre biológica y explotada desde niña. Alejandra contó que tuvo a su primera hija a los 14 años y viajó a Buenos Aires para escapar de la violencia de su padre. Claudia y Mirna también compartieron historias marcadas por la explotación laboral, y reflexionaron además sobre las formas más cotidianas de violencia que atraviesan en la actualidad.

Estos diálogos que eran frecuentes en los talleres que dicté y/o presencié, revelaban que todas estas violencias que caracterizan la historia de las mujeres con las que conversé, reflejan una experiencia compartida, determinada por las condiciones de vida. En resumidas cuentas, no se trata solamente de “conocerse” (Giglia, 2001), sino que también implica compartir una historia y experiencia común. Aldana lo expresó de esta manera:

No podés comparar una mujer de Palermo con una mujer del barrio de acá.. nosotras nos criamos en la violencia y también llegamos a este barrio y nos encontramos con la violencia. Porque nos hace falta agua, cloacas, la luz, que tenés que criar a tu hijo... (entrevista, noviembre del 2023).

En este sentido, la categoría de “*experiencia*” resulta clave para pensar cómo estas mujeres construyen sentidos colectivos desde sus vivencias singulares, cobrando valor y relevancia epistémica (hooks, 2017). Dicha categoría ha sido central en la teoría y la política feminista desde los años sesenta, cuando los grupos de autoconciencia impulsaron la práctica de compartir vivencias personales para visibilizar que lo “individual” era, en realidad, común y estructural. De este modo, la experiencia se consolidó como una herramienta epistemológica que permite recuperar las voces de quienes han sido históricamente silenciadas, al mismo tiempo que habilita formas de politización de lo cotidiano.

Sin embargo, como advirtió Joan Scott (2001), esta categoría no debe ser entendida como punto de partida ni como una verdad autosuficiente, sino como objeto mismo de análisis. La experiencia, entonces, no es evidencia en sí, sino aquello que debe ser explicado: los procesos históricos y sociales que la hacen posible. Desde esta perspectiva, lejos de negar a los sujetos, se interroga cómo estos se constituyen a partir de ciertas condiciones y relaciones de poder. En vínculo con lo anterior, Catalina Trebisacce (2016) también advierte sobre los riesgos de una institucionalización de la experiencia que, despolitizándola, la vuelve esencial y ahistórica. Para que tenga potencia epistémica y política, la experiencia debe ser pensada en relación con contextos, estructuras y vínculos sociales. No se trata simplemente de recolectar relatos personales, sino de leer en ellos una historia común y una denuncia de las condiciones estructurales que la producen.

Durante el trabajo de campo, las prácticas de organización aparecieron de manera constante en las voces de mis interlocutoras, como una dinámica que se transmite de generación en generación:

Desde que yo tengo memoria que cortamos la calle. Era muy chiquita, pero me acuerdo que en el 2001 cortábamos la calle por alimentos. Capaz yo no lo entendía mucho porque era una nena, creo que tiene que ver con que los vecinos mamaron eso, que ven que nuestros vecinos anteriores lucharon por un barrio mejor e inconscientemente siguen repitiendo eso... desde que tengo memoria que iba con mi mamá y cortaba la calle (Luciana, entrevista, agosto del 2023).

Del mismo modo, Aldana construye su sentido de pertenencia desde la acción:

Cuando yo me mudé decía ‘por un tiempo’, porque no conocía a nadie... y ahora hace 18 años que vivo. A mí me gusta vivir acá, ya no me cierra irme. Ya tengo esa dinámica de empezar a organizarme con mujeres para tener la luz, cloacas. Todas esas cosas las logramos nosotras las mujeres. Inclusive teníamos denuncias (...) Si yo me voy de acá siento que también lo voy a abandonar, porque este lugar es muy abandonado... (entrevista, noviembre de 2023).

Algunos datos del Registro Nacional de Trabajadoras y Trabajadores de la Economía Popular<sup>7</sup> respaldan estas afirmaciones. Según este registro, el 58% de las personas inscriptas en la economía popular son mujeres, lo que evidencia su fuerte presencia en este sector. Al analizar la composición por ramas de actividad, se observa que los “servicios sociocomunitarios” representan casi el 30% del total de registros y constituyen la segunda rama más numerosa. En este sector, además, más del 60% declaró que el trabajo suele realizarse colectivamente. Dentro de estas ramas, el trabajo en comedores y merenderos tiene una participación femenina cercana al 65%, y esta tendencia se replica en otras actividades como el cuidado de niños, niñas, adolescentes, personas mayores, con discapacidad o enfermedades; en el trabajo socioeducativo y en la promoción de igualdad de género y salud. Estas cifras coinciden con los datos producidos por organizaciones de la Villa 21-24: la Fundación TEMAS afirma que el 70% de quienes trabajan en las escuelas del barrio son mujeres, en el área de salud ese número asciende al 78%, y el Observatorio Villero de Buenos Aires señala que el 80% de quienes realizan trabajo comunitario en las villas son mujeres. En conjunto, estos datos reflejan el protagonismo femenino en el sostenimiento cotidiano de la vida en territorios precarios.

No obstante, como desarrollé en el apartado anterior, las formas de participación de las mujeres en la Villa 21-24 no se limitan a los espacios comunitarios formalmente organizados. A veces solas, otras acompañadas, los testimonios dan cuenta de que ellas despliegan prácticas situadas y contextuales como respuestas creativas y contingentes a problemáticas que las afectan directamente. Una escena que permite comprender esta dinámica ocurrió en 2015. Ese año, el femicidio de Micaela Gaona -el primero reconocido públicamente como tal en el barrio- marcó un punto de inflexión (Kaplan, 2024). Muchas de mis interlocutoras recuerdan ese momento como “un antes y un después”, ya que permitió visibilizar violencias que antes se naturalizaban. En una primera instancia, la reacción fue inmediata: se organizaron marchas para pedir justicia, se hicieron colectas para costear el entierro y hubo un acompañamiento cercano a la familia.

Con el correr del tiempo, y en un contexto en el que la violencia de género comenzaba a instalarse como un problema central en la agenda pública (Natalucci y Rey, 2018; Daich y Tarducci, 2018; Kaplan, 2023), se gestaron prácticas más sostenidas que respondieron a la necesidad de generar acciones de prevención, atención y acompañamiento. Surgieron entonces, más grupos de mujeres, cooperativas de trabajo, espacios de acompañamiento para mujeres y personas LGBTI+, y se conformó una Red de Mujeres y Disidencias que articula tanto organizaciones sociales presentes en el barrio como mujeres autoconvocadas. Estas experiencias, lejos de diluirse, perduraron en el tiempo y configuraron nuevas formas de acción colectiva. Su tía, que se había mudado desde Paraguay escapando de una relación violenta, me dijo entre lágrimas: *“Ahora ya no se callan nada, si tengo que saltar por una vecina, salto”* (Paula, entrevista, julio de 2021), trazando una línea simbólica entre las mujeres de antes y después de 2015.

Estas dinámicas no solo se expresan en espacios colectivos, sino que también se manifiestan en los vínculos barriales del día a día, a través de prácticas más silenciosas e individuales. Como en el caso de Claudia, a quien muchas personas recurren cuando tienen un problema. Claudia se mudó a la Villa 21-24

<sup>7</sup> El ReNaTEP, creado por la Ley de Emergencia Social (2016) e implementado en 2020, busca reconocer y formalizar a quienes trabajan fuera del empleo registrado, facilitando su acceso a derechos y programas estatales.

desde Misiones junto a sus tres hijxs más grandes *“antes yo estaba deprimida sola en mi casa, no salía, no conocía a nadie. Siempre estaba triste por cosas que me habían pasado”* (entrevista, enero del 2022), me dijo entre lágrimas. Años después, durante nuestras conversaciones, las interrupciones eran constantes: vecinas y vecinos se acercaban a pedirle ayuda o a hacerle consultas. Varias veces me contó que no había dormido por haber acompañado a una vecina al hospital, o por haberse quedado charlando con un adolescente en situación de consumo. Además de cuidar sola a sus hijxs y de coordinar un espacio comunitario, Claudia abre las puertas de su casa a quien lo necesite y sostiene múltiples tareas de cuidado que realiza sin reconocimiento formal, pero que resultan fundamentales para el entramado social del barrio.

En un contexto atravesado por múltiples formas de precariedad, testimonios como el de Claudia fueron frecuentes durante mi quehacer etnográfico. Las mujeres que conocí despliegan estrategias para sostener la vida que no siempre adoptan la forma de una intervención colectiva visible. Sostenidas en el conocimiento de una experiencia de precariedad compartida, activan prácticas que escapan a los marcos *“formales”* de participación y/o a trayectorias de militancia en espacios con límites *“fijos”*. A partir de los vínculos que tejen entre ellas -sin pretensiones de totalidad ni de representación-, se reconfiguran formas de habitar, de resistir y de construir redes de acompañamiento en la vida cotidiana.

Todas estas acciones mencionadas -construir y defender sus casas, sostener ollas populares y espacios comunitarios, exigir servicios básicos, juntar dinero para un entierro, realizar una marcha para pedir justicia o acompañar a otras mujeres, entre otras- dan cuenta de la plasticidad con la que construyen soluciones a medida que surgen nuevas urgencias. Al mismo tiempo, expresan algo más profundo: no se trata del deseo de irse del barrio, sino de vivir mejor en él. En este sentido, pensar la precariedad como una experiencia compartida me permitió explorar tanto las acciones colectivas que irrumpen como acontecimientos -una marcha, una toma de tierra, un corte de calle, una mesa de trabajo, etc.- como aquellas prácticas que las mujeres realizan en su vida cotidiana, las cuales mejoran la vida en ese barrio, y muchas veces se presentan como invisibles o insignificantes.

En este contexto durante mi trabajo de campo, llamó mi atención la forma en la que muchas de mis interlocutoras hablan sobre las prácticas que desarrollan cotidianamente. Ellas solían enfatizar que *“no hacen política”*, y en cambio, se refirieran a estas acciones como formas de *“ayudar”*. Así lo expresó Claudia:

No, política no, a mí siempre me gustó ayudar, acompañar, compartir y dar lo que yo puedo dar en mi alcance. Siempre siempre fue así. Si yo tengo cien pesos, doy cincuenta y yo me quedo con cincuenta. Si tengo doscientos, doy cien y yo me quedo con cien y así entonces como eso siempre (entrevista, septiembre del 2023).

Este tipo de enunciaciones, que colocan sus prácticas fuera del campo de lo político, fueron recurrentes durante mi experiencia. De alguna manera reflejan, en primer lugar, una forma de minimizar sus propias prácticas, y al mismo tiempo, evidencian cierta tensión: reconocer sus acciones como políticas parece amenazar el carácter altruista y desinteresado que ellas mismas les atribuyen.

De manera frecuente, las prácticas que realizan -principalmente cuidar y alimentar- están fuertemente asociadas a la división sexual del trabajo impuesta por el sistema capitalista y patriarcal, donde a las mujeres se les asignan

atributos como la empatía, la pasividad, la docilidad y la emocionalidad. Estas características, presentadas como “naturales”, fueron ampliamente cuestionadas por los estudios de género y feminismos, que mostraron su carácter cultural y construido (Millet, 2010; Gamba, 2009; Suárez Tomé, 2020). Como contracara, esta misma división adjudicó a los varones el espacio público, el lugar de lo político por excelencia, donde, según Suárez Tomé (2020), “reinan todas las cualidades masculinizadas” (p. 18).

Desde esta perspectiva, Kate Millett (2010) propuso una definición de política como el conjunto de relaciones estructuradas por el poder, donde un grupo domina a otro. Bajo esta lógica, *lo político* aparece para muchas de las mujeres de la Villa como una forma jerárquica de acción, que no reconoce su experiencia, las relega a un lugar subordinado y no da respuestas a sus problemas concretos. En este punto, lo político se vuelve algo externo, que no las representa ni las incluye.

En segundo lugar, el recurso a la noción de “ayuda” no solo permite desmarcarse de un hacer político entendido como ajeno, sino que también expresa una experiencia de haber sido “usadas” por la política. Algunas de las mujeres con las que hablé participan o han participado activamente en organizaciones comunitarias o barriales. Otras, manifestaron sentirse instrumentalizadas por esas mismas estructuras. Graciela, por ejemplo, decía que las organizaciones la convocan porque “mueve mucha gente”, mientras que Esther afirmaba que la buscan por “sus contactos”. Aldana fue aún más contundente: “*Nunca encontré un lugar que te abra la puerta para llevar tu voz, siempre nuestra voz la llevaba otra persona.*” (entrevista, noviembre de 2023).

Estas experiencias muestran cómo, incluso cuando participan, muchas mujeres perciben que su voz es apropiada o reemplazada por otras, que su lugar dentro de la política formal es periférico y funcional. Por eso, al insistir en que sus acciones “no son políticas”, también están tomando distancia de un tipo de política que no les ofreció reconocimiento ni agencia.

Ahora bien, más allá de esta distancia, lo cierto es que tanto aquellas que se identifican como militantes como aquellas que se definen por fuera de los espacios “formales” de participación, llevan adelante cotidianamente prácticas que implican una forma activa de participación. Muchas de ellas comenzaron a “hacer por otras” y/o a “hacer juntas” mucho antes de involucrarse formalmente en una organización. En ese hacer compartido, se entretejen vínculos, se construyen redes y se generan formas de sostén colectivo que no solo resuelven problemas y mejoran la vida, sino que también configuran un modo de hacer política desde la experiencia situada.

Para profundizar en este punto, retomo los aportes de Sian Lazar (2013), quien introduce la noción de membresía para analizar las prácticas y experiencias cotidianas de ciudadanía en El Alto, Bolivia. A diferencia de una concepción liberal y eurocéntrica de ciudadanía entendida como estatus legal, Lazar propone pensarla como un proceso que se construye en la práctica, a través de relaciones y formas de pertenencia. La membresía permite captar los modos en que las personas negocian su lugar en una comunidad, no solo en relación con el Estado, sino también con otras instituciones, organizaciones y redes locales.

Inspirada por estas contribuciones, propongo pensar que, en el contexto de la Villa 21-24, las relaciones entre mujeres y su prácticas cotidianas permiten construir formas de membresía que trascienden las categorías formales de

ciudadanía o militancia. A través del cuidado, la asistencia mutua y el acompañamiento, estas mujeres generan espacios de pertenencia y agencia política, en los que se politizan relaciones consideradas tradicionalmente privadas o naturales, desdibujando los límites entre lo público y lo íntimo, lo social y lo doméstico. Así, lo que emerge en estas prácticas es una forma situada de hacer política, que reconfigura los sentidos de lo político desde el barrio y la experiencia colectiva.

## Reflexiones finales: Politizar la vida para hacerla vivible

A lo largo de este artículo recuperaré la historia de la Villa 21-24 y reconstruiré cómo los vínculos que las mujeres tejen en esa historia moldean sus prácticas cotidianas. Esos vínculos están anclados en una experiencia social compartida por muchas de ellas: ser mujeres, migrantes, pobres, madres y habitantes de ese territorio. En diálogo con un enfoque que entiende la precariedad como una experiencia que se procesa tanto individual como colectivamente, y que habilita procesos de construcción colectiva; observé cómo esta experiencia común, no solo configura su condición de vida, sino que también habilita una serie de prácticas que colectivizan lo individual, desnaturalizan las violencias y generan formas de cuidado colectivo.

En este marco, sostengo que estas prácticas se articulan en torno a lo que propongo pensar como la politización de la vida cotidiana. Se trata de acciones situadas, contingentes y creativas, que no se inscriben necesariamente en espacios comunitarios con límites definidos, ni a partir de trayectorias de militancia; sino que ocurren cotidianamente: al cuidar al hijx de una vecina, ceder una parte del terreno para que otra construya su casa, cargar agua juntas, armar una olla popular, acompañar a una mujer al hospital o a hacer una denuncia, juntar plata para un tratamiento médico o para un entierro, entre otras.

Pese a la importancia de estas prácticas en el territorio, muchas mujeres no nombran sus acciones como políticas, sino como formas de “ayudar”. No obstante, interpretarlas como prácticas políticas, a la luz del aporte de la literatura feminista, permite desnaturalizar el lugar históricamente asignado a las mujeres como responsables de la reproducción social. Pero además, nombrarlas como políticas es una forma de visibilizar formas de acción y agencia que emergen de desnaturalizar las violencias, gestionar el cuidado y organizarse en función de las necesidades cotidianas para construir vidas dignas.

## Bibliografía

- » Achilli, E. (2005). *Investigar en antropología social. Los desafíos de transmitir un oficio*. Rosario: Laborde Editor.
- » Andújar, A. (2005). *Mujeres piqueteras: la repolitización de los espacios de resistencia en la Argentina (1996-2001)*. CLACSO.
- » Anzorena, C. (2013). *Mujeres en la trama del Estado: una lectura feminista de las políticas públicas*. EDIUNC.
- » Butler, J. (2017). *Cuerpos aliados y lucha política*. Paidós.
- » Cravino, M. C. (2018). Política migratoria y erradicación de villas de la Ciudad de Buenos Aires durante la última dictadura militar: la expulsión de migrantes de países limítrofes. *Clepsidra*, 5(10), 76-93 <https://revistas.ides.org.ar/clepsidra/user/setLocale>
- » Cross, C., Freytes Frey, A. C. (2007). Movimientos Piqueteros: tensiones de género en la definición de liderazgo. *Revista Argumentos UAM-X*, 20(55), 77-94. Disponible en: [http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci\\_arttext&pid=So187-57952007000300003](http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=So187-57952007000300003)
- » Defensoría del Pueblo de la Nación Argentina. (s.f.). La causa Riachuelo, hasta su sentencia – su historia. *Medio ambiente*. <http://www.dpn.gob.ar/articulo.php?id=3247&pagN=15>
- » Di Marco, G. (2011). *El pueblo feminista: Movimientos sociales y lucha de las mujeres en torno a la ciudadanía*. Biblos Sociedad.
- » Di Virgilio, M. M y Rodríguez, M. C. (2013). Buenos Aires, ¿una ciudad sin techo?. *Voces en el Fénix*, 4(22), 98-104.
- » Dirección General de Estadísticas y Censos (Ministerio de Hacienda del GCBA) (2015, abril). *Censo 2010. Situación y caracterización de los asentamientos precarios en la Ciudad de Buenos Aires. Año 2010. Informe de Resultados*. Recuperado de: [https://www.estadisticaciudad.gob.ar/eyc/wp-content/uploads/2015/05/ir\\_2015\\_856.pdf](https://www.estadisticaciudad.gob.ar/eyc/wp-content/uploads/2015/05/ir_2015_856.pdf)
- » Dirección Nacional de Economía, Igualdad y Género, Ministerio de Economía Argentina. (2022). El aporte de los cuidados al PBI: Las brechas de género en la economía argentina. [https://www.argentina.gob.ar/sites/default/files/2023/11/las\\_brechas\\_de\\_genero\\_4to\\_trimestre\\_2023\\_o.pdf](https://www.argentina.gob.ar/sites/default/files/2023/11/las_brechas_de_genero_4to_trimestre_2023_o.pdf)
- » Ferguson, J. (2015) *Give a Man a Fish. Reflections on the New Politics of Distribution*. Durham: Duke University Press.
- » Fernández Álvarez, M. I.; Pacífico, F.; Wolanski, S. (2022). ¿A qué llamamos colabor? La producción de conocimiento con organizaciones de trabajadores y trabajadoras. En Katzer, L y Manzanelli, M. (Eds.) *Etnografías colaborativas y comprometidas contemporáneas (pp.45-70)*. Asociación Argentina de Geofísicos y Geodestas.
- » Fernández Alvarez, M.I. (2017). *La política afectada. Experiencia, trabajo y vida cotidiana en Brukman recuperada*. Prohistoria.
- » Fernández Álvarez, M.I. (2018). Más allá de la precariedad: prácticas colectivas y subjetividades políticas desde la economía popular Argentina. *Iconos. Revista de Ciencias Sociales*, 62, 21-38.
- » Giglia, A. (2001). Sociabilidad y Megaciudades. *Estudios Sociológicos*, 19(3), 799-821.
- » Grassi, E. (2011). La producción en investigación social y la actitud investigativa en el trabajo social. *Debate público*, 1, 127-139. [https://trabajosocial.sociales.uba.ar/wp-content/uploads/sites/13/2016/03/16\\_grassi.pdf](https://trabajosocial.sociales.uba.ar/wp-content/uploads/sites/13/2016/03/16_grassi.pdf)

- » Grimberg, M. (2009). Poder, políticas y vida cotidiana un estudio antropológico sobre protesta y resistencia social en el área metropolitana de Buenos Aires. *Revista de Sociología e política*, 17(32), 83-94.
- » Gúber, R. (2001). *La etnografía. Método, campo y reflexividad*. Norma.
- » Hooks, B. (2017). *El feminismo es para todo el mundo*. Madrid: Traficantes de sueños.
- » Kaplan, Y. (2023). Límites y alcances de la interseccionalidad: Un análisis de la agenda del movimiento feminista argentino. *El lugar sin límite*, 5 (8), 80-101.
- » Kaplan, Y. (2024). Prácticas de participación política de las vecinas de la Villa 21-24: otras formas de resistencia cotidiana en y desde la precariedad. *RIHUMSO*, 25, 93-113. [https://www.scielo.org.ar/scielo.php?script=sci\\_arttext&pid=S2250-81392024000100093&lng=es&nrm=iso&tlng=es](https://www.scielo.org.ar/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S2250-81392024000100093&lng=es&nrm=iso&tlng=es)
- » La Garganta Poderosa. (2024, marzo). *Capítulo 1: Una junta vecinal desaparecida-en los pasillos de la Villa se recuerda* [Video]. [https://www.youtube.com/watch?v=PjLNfn3PJFs&ab\\_channel=LaGargantaPoderosa](https://www.youtube.com/watch?v=PjLNfn3PJFs&ab_channel=LaGargantaPoderosa)
- » Lacarrieu, M. (2018). Futuros inciertos y precarios: Asentamientos precarizados de la Ciudad de Buenos Aires. *Oculum Ensaïos. Revista de Arquitectura e Urbanismo*, 15(3), 377-398.
- » Lazar, S. (2013). *El Alto. Ciudad Rebelde*. Plural
- » Manzano, V. (2007). *De La Matanza Obrera a Capital Nacional del Piquete* [Tesis doctoral, Universidad de Buenos Aires]. Repositorio Facultad de Filosofía y Letras: <http://repositorio.filo.uba.ar/handle/filodigital/1031>
- » Manzano, V. y Ramos, A. (2015). Introducción. Procesos de movilización y de demandas colectivas: estudios y modos de abordar “lo político” en la vida social. *Identidades. Revista del Instituto de Estudios Sociales y Políticos de la Patagonia*, 5(8), 1-25.
- » Marcos, M. (2022). Las villas en las estadísticas públicas: propuesta para su delimitación conceptual y territorial en la Ciudad de Buenos Aires. Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires. Dirección General de Estadística y Censos <https://www.redalyc.org/journal/740/74074377033/html/#fn1>
- » Masson, L. (2004). *La política en femenino. Género y poder en la Provincia de Buenos Aires*. Antropofagia.
- » Masson, L. (2007). *Feministas en todas partes: Una etnografía de espacios y narrativas feministas en Argentina*. Prometeo Libros.
- » Millet, K. (2010). *Política sexual*. Cátedra.
- » Narotzky, S. y Besnier, N. (2014). Crisis, Value, and Hope: Rethinking the Economy. *Current Anthropology*, 55(9), 4-16.
- » Natalucci, A y Rey, J. (2018). ¿Una nueva oleada feminista? Agendas de género, repertorios de acción y colectivos de mujeres (Argentina 2015-2018). *Revista de estudios políticos y estratégicos*, 6(2), 14-34.
- » Oszlak, O. (2019). Los pobres y el derecho a vivir en Buenos Aires: enfoque teórico-metodológico para su estudio. *Estado abierto*, 3(2), 43-77.
- » Pacífico, F. D. (2023). *Politizar la casa. Mujeres de los sectores populares, procesos de organización colectiva y programas estatales en el Gran Buenos Aires*. Prometeo.
- » País Andrade, M. A. (2018). La transversalización del enfoque de géneros en las políticas culturales públicas: el caso del Ministerio de Cultura argentino. *Temas y debates*, 38(22), 161-180.

- » Quirós, J. (2011). *El porqué de los que van. Peronistas y piqueteros en el Gran Buenos Aires (una antropología de la política vívida)*. Antropofagia.
- » Rebón, J. (2004). Las formas de la conflictividad en las villas de la Ciudad de Buenos Aires. Una aproximación desde un estudio de caso. Documento Jóvenes Investigadores N°6. Instituto de Investigadores Gino Germani.
- » Registro Nacional de Trabajadores y Trabajadoras de la Economía Popular (ReNaTEP). (2021). Informe Especial N°1: Servicios Socio Comunitarios. Recuperado de: [https://www.argentina.gob.ar/sites/default/files/2021/11/informe\\_ndeg1\\_servicios\\_sociocomunitarios.pdf](https://www.argentina.gob.ar/sites/default/files/2021/11/informe_ndeg1_servicios_sociocomunitarios.pdf)
- » Roseberry, W. (2002). Hegemonía y lenguaje contencioso. En: Joseph, G. y Nugent, D. (comps): *Aspectos cotidianos de la formación del Estado* (pp. 213–226). Ediciones Era
- » Scott, J. (2000). *Los dominados y el arte de la resistencia. Discursos ocultos*. Era Ediciones.
- » Scott, J. (2001). Experiencia. *La Ventana*, 13, 42-73.
- » Señorans, D. (2018). *El derecho a la vida digna. Formas de militancia en la economía popular en el Área Metropolitana de Buenos Aires* [Tesis de doctorado Facultad de Filosofía y Letras UBA] Repositorio Facultad de Filosofía y Letras: <http://repositorio.filo.uba.ar/handle/filodigital/9978>
- » Snitcofsky, V. L. (2012). Clase, territorio e historia en las villas de Buenos Aires (1976-1983). *Quid* 16(2), 46-62.
- » Tarducci, M. y Daich, D. (comps.) (2018). *Mujeres y feminismos en movimiento. Politizaciones de la vida cotidiana*. Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras. Recuperado de: <https://publicaciones.filo.uba.ar/mujeres-y-feminismos-en-movimiento>
- » Torres, H. A. (2006). *El Mapa Social de Buenos Aires (1940-1990)*. Ediciones FADU.
- » Trebisacce, C. (2016). Una historia crítica del concepto de experiencia de la epistemología feminista. *Cinta moebio*, 57, 285-295. [https://www.scielo.cl/scielo.php?script=sci\\_arttext&pid=So717-554X2016000300004](https://www.scielo.cl/scielo.php?script=sci_arttext&pid=So717-554X2016000300004)
- » Viveros Vigoya, M. (2016). La interseccionalidad: una aproximación situada a la dominación. *Debate feminista*, N.º 52, pp. 1-17. Recuperado de: <https://www.sciencedirect.com/science/article/pii/S0188947816300603>
- » Zapata, M. C. (2017). *La política habitacional porteña bajo la lupa: de los programas llave en mano a la autogestión del hábitat*. Teseo
- » Zibecchi, C. (2013). *Trayectorias Asistidas: Un abordaje de los programas sociales en Argentina desde el enfoque de género*. Eudeba.

### **Financiamiento:**

Este trabajo presenta avances de una investigación doctoral con financiamiento del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (Becas internas doctorales, convocatoria 2020). Asimismo, se enmarca en el proyecto de investigación UBACyT “Desigualdad Social y Precarización de la Vida. Un estudio sobre políticas estatales y conjuntos sociales subalternos” dirigido por Mabel Grimberg y radicado en el Instituto de Ciencias Antropológicas de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA.

*Este documento es resultado del financiamiento otorgado por el Estado Nacional, por lo tanto queda sujeto al cumplimiento de la Ley N° 26.899.*

### ***Agradecimientos:***

Agradezco profundamente el acompañamiento generoso de mi directora, Dra. Marcela Alejandra País Andrade, y de mi codirectora, Dra. María Inés Fernández Álvarez, quienes me guiaron durante la investigación y la escritura de la tesis que da origen a este artículo. También extendiendo mi agradecimiento a mis compañeras del equipo de investigación, por sus valiosos aportes y el intercambio constante que enriqueció este trabajo.

### ***Biografía***

Doctora en Antropología del Instituto de Ciencias Antropológicas (UBA). Magíster en Estudios y Políticas de Género (UNTREF). Licenciada en Trabajo Social (UBA). Becaria Doctoral del CONICET. Docente de la carrera de Trabajo Social de la UBA.

